

LA PRESENCIA DE LA RELIGIÓN EN LA DIFUSIÓN DE LA CIENCIA EN MURCIA A TRAVÉS DE LA PRENSA CULTURAL DURANTE LA ETAPA 1870-1920

**C. LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. VALERA CANDEL,
J. M. SÁEZ GÓMEZ, J. LÓPEZ GONZÁLEZ**

Universidad de Murcia

1. Introducción

Este trabajo queda incluido dentro de un proyecto general de investigación relativo al estudio de la ciencia e instituciones científicas de la Región de Murcia desde 1750 a 1950 (PL/24/PS00 de la Fundación Séneca). Dentro del mismo, un importante apartado está dedicado a la difusión de la ciencia en la que llamamos prensa cultural y científica, la cual, formada por semanarios, decenarios, revistas mensuales, etc., alejada de los inconvenientes propios de los periódicos diarios, ofreció siempre en la Región de Murcia una excelente plataforma para la expresión de las ideas filosóficas y científicas. Así lo hemos constatado ya en algunas publicaciones previas, unas centradas en el estudio de revistas concretas [LÓPEZ FERNÁNDEZ-VALERA-MARSET, 1991], y otras alusivas a temáticas científicas que despertaron especial interés, como las del evolucionismo y la agricultura científica [LÓPEZ FERNÁNDEZ-VALERA-LÓPEZ SÁNCHEZ, 1994 y LÓPEZ FERNÁNDEZ-MARSET, 1997].

La citada prensa cultural, al igual que ocurrió en el conjunto del país, experimentó en tierras murcianas una gran eclosión a partir de 1868 con el Sexenio revolucionario, por más que algunos efectos de éste se retrasaran algo en nuestra región. En dicha prensa firmaron trabajos los más importantes miembros de la intelectualidad murciana y quedaron materializados los órganos de expresión de algunas de las más significadas instituciones científicas regionales, como serían el Liceo de Murcia, la Universidad Libre de Murcia, los Ateneos de Lorca y Cartagena y otras similares.

En este trabajo vamos a ocuparnos del papel desempeñado por las ideas religiosas dentro de las colaboraciones en prensa dedicadas a la difusión científica. Para ello hemos sometido a revisión todos los fondos de la Hemeroteca Municipal. A fin de aquilatar bien lo que supuso el impulso intelectual derivado del Sexenio, fue nuestra intención de partida ceñirnos a las tres décadas finales del siglo XIX, pero habiendo notado que durante los primeros años del XX aparecían algunas publicaciones con contenidos interesantes para nuestros propósitos, decidimos atrasar nuestra fecha de término hasta 1920. Tras dicha revisión aparecieron una veintena de revistas adecuadas a nuestra temática. No aludiremos en este trabajo a todas ellas, pues tratándose de una primera aproximación al tema sólo citaremos aquellas que entronquen directamente con las ideas que vayamos vertiendo.

2. El binomio ciencia-religión en la prensa cultural entre 1870 y 1920

Durante las décadas finales del s. XIX y primeras del XX, entre los científicos e intelectuales de la Región de Murcia que se asomaron a la prensa cultural no se dieron posturas extremas respecto al tema religioso. Ni hubo autores tan integristas que pretendieran incluso negar verdades científicas por su eventual oposición al dogma, ni los hubo tan rompedores que pretendieran defender posturas de un riguroso materialismo ateo a partir del mensaje científico. En realidad, imperó siempre un no disimulado afán por compatibilizar los ámbitos religioso y científico, aunque por parte de unos en dicha relación debía dominar el primero y para otros el segundo. Como es lógico, ello dio lugar a dos posturas bien diferenciadas, que por nuestra llamaremos de *religiosismo* y *agnosticismo científicos*.

En el bando del *religiosismo científico* se agruparon todos aquellos que se aproximaban a la ciencia teniendo ya en cuenta el mensaje religioso, intentando hacer ver en todo momento que entre ambos no había contradicciones insalvables. Si en algún caso aparecía una discrepancia importante, debía suponerse que en torno a dicho fenómeno la ciencia aún no había dado su última palabra, o bien se recurría en última instancia al consabido “misterio” que sólo Dios podía abarcar. Por su parte, en el bando del *agnosticismo científico* quedaron alineados quienes se acercaban a los avances de la ciencia abstrayendo completamente lo religioso. Para ellos el científico debía actuar con total libertad en sus estudios e investigaciones, y sólo ya alcanzados unos resultados concretos podía plantearse (como ejercicio intelectual) si entre ellos y el dogma se daban o no contradicciones. En caso de que las hubiera, correspondía a las autoridades religiosas reinterpretar sus fuentes de forma adecuada.

Bajo el telón de fondo de esta doble postura, en los medios de comunicación murcianos decimonónicos aparecen tratadas diversas temáticas en las que ciencia y religión se interfieren. Dentro de ellas hay tres que destacan sobre las demás: el evolucionismo, la eternidad de la materia y los que podríamos llamar *pronunciamientos religiosos extemporáneos*, o repentinas profesiones de fe que no tenían justificación temática alguna dentro del artículo. Aunque brevemente, revisaremos en este trabajo las dos primeras dejando la tercera, por motivos de espacio, para otra ocasión.

a) El problema de las teorías evolucionistas

Como dijimos en la introducción, el tema del evolucionismo ha sido ya tratado por nosotros anteriormente [LÓPEZ FERNÁNDEZ-VALERA-LÓPEZ SÁNCHEZ, 1994], viéndose en su momento que éste acarreó una viva polémica en el ámbito regional. No vamos por tanto a insistir aquí en el planteamiento general de la cuestión, pero sí a resaltar las aristas religiosas del mismo a partir de algunas declaraciones de sus protagonistas. La primera noticia explícita sobre el evolucionismo en Murcia es referente al de tipo geológico, viene de la mano del catedrático de Historia Natural de los Institutos de Lorca y Murcia F. CÁNOVAS COBEÑO [1873,

núm.28] quien aludirá expresamente a Elie de Beaumont mostrándose partidario de su catastrofismo ecléctico.

Pero el caballo de batalla será sin duda el evolucionismo biológico, dentro del cual se detectan por parte de los autores murcianos tres posturas bien diferenciadas, una, la más intransigente, que propugna la defensa a ultranza del literalismo bíblico; otra en la que, aun apreciándose un decantamiento por las posiciones católicas, se intenta una conciliación entre ciencia y religión, y otra última; de corte cientifista, en la que se defienden concepciones materialistas y se alude de forma respetuosa, pero sólo colateral, al tema religioso.

Como muestra de la primera de estas posturas aparecen varios artículos en revistas editadas en Lorca y Murcia. El más temprano de ellos [DOMÍNGUEZ, 1871] es meramente retórico, pero contiene un relato sobre la creación en general y la aparición del hombre en particular que ilustra bien estas posiciones integristas. Seis años después, y ya desde trabajos de mucha más sustancia científica, otro autor como A. MARTÍNEZ CAÑADA [1877, núm. 15], conservador del Gabinete de Historia Natural del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, en un artículo dedicado al estudio del origen de la anatomía animal y en referencia a la comparación hombre-mono, señalará:

“Inverosímil parece que en el siglo que vivimos de luz y de ventura, haya hombres en quienes todo debía de ser juicio y raciocinio (que) lo pierdan hasta el extremo de hacerles pensar son descendientes de los monos, olvidando que Dios al formar el primer hombre de quien todos nos debemos preciar descender, lo hizo á imagen y semejanza suya.”
Mostrando a continuación su total rechazo a los evolucionistas, por intentar:

“...comparar la obra querida de Dios, al hombre con un ser estúpido, asqueroso y repugnante, que maldito el enlace que con ellos tenemos, y que no son mas que una malas y simples caricaturas de hombre que nos entretienen algo mientras se nos presentan por el buen lado y nos desagradan cuando descubren sus defectos”

Podemos ver entonces que hay un recurso intencionado al mensaje bíblico y a las derivaciones del mismo como auténtico argumento de autoridad. Además, en esa misma revista CAÑADA [1877, núm. 22] dentro de un amplio y bien documentado trabajo sobre la distribución de los fósiles en la provincia de Murcia, a la vez que defiende el catastrofismo de Cuvier, se decanta por la existencia real del diluvio universal.

Ya varios años después, otros autores, como el que firma en *La Enseñanza Católica* bajo el pseudónimo de LICIO [1889, núm. 23], aún haciendo concesiones a que el relato bíblico pudiese ser más o menos alegórico respecto a los animales, los

cuales habrían “ ... ido apareciendo en la escena de la vida conforme a su organización; primero los simples, los de organismo más sencillo; después los compuestos, los de complicado funcionamiento”, al abordar el tema del origen del hombre niega cualquier posible componenda teórica, aceptando sólo lo revelado como fuente de verdad. Primero atacará sin contemplaciones a los evolucionistas:

“Ciegos por la soberbia, empujados por la ola de la vanidad, desprecian los darwinistas cuanto nos dicen los Libros Sagrados acerca del origen del hombre; y con pasmosa frescura, sin probar nunca sus peregrinos asertos, discurriendo por el campo de las hipótesis, afirman que, el hombre de hoy (que entre paréntesis es el mismo por sus caracteres morfológicos y fisiológicos que el de hace cuarenta siglos) es un «chimpancé, gorila u orangután» (!!)”

Para luego aceptar el más puro creacionismo:

“...infundiéndole el soplo divino, resulta el hombre inocente, puro, elevado, inteligente, racional, grandemente distanciado de los brutos, ostentando sobre su frente el sello de la Majestad, sobre su cabeza la corona del Rey de la Creación.”

Otra de las posturas ante el evolucionismo fue la de admitir lo alegórico del mensaje bíblico y entender que, en términos generales, aunque bajo períodos de tiempo mucho más amplios que los fijados en el texto sagrado, la aparición de la realidad geológica actual y la vida en nuestro planeta siguió el orden marcado en el mismo. En otras palabras, intentar establecer una armonía entre los mensajes científico y religioso. Destacan a este tenor autores como M. RODRÍGUEZ VALDÉS [1896, núm. 6] desde el *Ateneo de Lorca* y J. Curasán (pseudónimo de A. ÁLVAREZ CAPARRÓS) [1887, núm. 13] desde *El Liceo Lorquino*. El primero admitirá la existencia de un proceso evolutivo en el que podría verse incurso el propio hombre, pero siempre bajo la dirección de Dios:

“ ... la sabiduría con que la Naturaleza ha ido obrando en la Tierra desde los orígenes de éste hasta la aparición del hombre, poniéndola primero en condiciones de crear seres ínfimos de la escala orgánica, y haciéndole producir en sus lentas evoluciones progresivas el organismo humano, límite y suma a un tiempo mismo de todas las imaginables expresiones; ...; nuestro entendimiento descubre entonces una Inteligencia creadora que concibiera en su saber infinito las leyes de la vida universal. ... ¡qué sabio, qué inmensamente grande es Dios!”

El segundo se ocupa de un posible evolucionismo geológico, el cual admite sin reservas, pero haciendo énfasis en la posibilidad de armonizarlo con el mensaje bíblico:

“... fuera locura pretender afirmar que Dios formara la tierra y firmamento tal y como aparece á nuestra vista; no precisamente porque á este Supremo Artífice le haya faltado poder para ello, sino porque no se desprende así del Sagrado Libro, porque los descubrimientos geológicos demuestran otra cosa, y últimamente porque Dios aunque todas las cosas puede hacerlas por sí solo, no por ello excluye en influjo de las causas segundas.

¿Pues de qué manera se hizo? Los sabios han emitido con mas ó menos fundamento varias opiniones, que si bien son distintas en cuanto al modo, todas vienen en convenir, primero, que lo primero que apareció fue la materia; segundo, que una vez ésta apareció, después de sucesivas transformaciones, fue adquiriendo diversas formas; y tercero que para ello fue necesario un período de largo de años; mayor sí que el que hasta hoy fija la cronología bíblica; pero no mayor que el que ha podido mediar desde que Dios pronunció el *fiat* y dio movimiento á la rueda de los siglos, por cuanto éste no se ha podido precisar.”

Hubo desde luego más autores partidarios de esta línea de pensamiento, aunque como es lógico cada uno tuviera sus matices propios. Así, G. PERÁN CANO [1896, núm. 6] admite la reconstrucción de la historia genealógica de todos los seres organizados “a partir de la informe sarcoda, (...) en el seno de los primitivos océanos, (...) tras lentas evoluciones a través de innumerables siglos, hasta los más complejos de estos seres orgánicos”, aunque para a continuación rendirse ante “la suprema sabiduría de Aquél que lanzara la materia al espacio para cumplir fines inescrutables desde las serenas regiones de lo infinito.”. O el mismo CÁNOVAS COBEÑO [1897, núm. 48], que remarcará lo inseguro de los últimos descubrimientos científicos con los que se pretende avalar el evolucionismo. Pondrá incluso en boca de Haeckel la admisión expresa de tal idea.

Pero quizá la postura más chocante de todas sea la de J. Echegaray (padre), la cual, aunque ya plasmada en su lección inaugural de la cátedra de Agricultura y Zootecnia de la Escuela de Veterinaria (Madrid, 1850), no apareció reproducida en la prensa murciana hasta 1916, dentro de *Murcia Agropecuaria* y con motivo de su fallecimiento. Allí, Echegaray, tras una libre interpretación de las Sagradas Escrituras según la cual Dios había ordenado ya a Moisés que el hombre promoviera siempre la creación de riqueza a través de los animales, en una clara pirieta lamarkiana, plantea la necesidad de admitir una suerte de “*evolucionismo a la inversa*”, contemplando las especies actuales como formas degeneradas de unos prototipos de partida, en este caso esmeradamente creados por Dios. Dirá ECHEGARAY [Honrando a un sabio, 1916. p. 13]:

“Instrumento de Dios el hombre en la creación; es a la vez creador, y dirige a un fin superior las leyes del mundo físico y orgánico: cum-

pliendo así con su destino en la tierra, que es hermosarla y convertirla en un nuevo Edén, ya que por su culpa perdió el primero. (...). Las primeras criaturas que la Providencia puso delante de nuestra vista, como dice el Génesis para que las conociésemos y denomináramos, eran los prototipos o modelos de su especie, y aunque al principio se apartarían poco de su original, por fuerza al cabo de los siglos sus formas primitivas habían de degenerar, según las nuevas influencias a que se fueran esponiendo; de este modo se esplican tantas razas y variedades, que serían imposibles de describir aun las pertenecientes a una misma especie.”

Vayamos por último a la tercera postura ante el evolucionismo, la de aquellos que vieron a éste desde un punto de vista exclusivamente científico, sin preocuparse (salvo comentarios incidentales) de su compatibilización con el dogma. En estos autores, aunque siempre bajo el prisma de un escrupuloso respeto por lo religioso, parece translucirse con frecuencia un pensamiento materialista. Destacaríamos en primer lugar al catedrático de Física del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza Olayo Díaz Giménez, hombre de sólida formación científica y talante progresista cuya obra hemos glosado ya en otros lugares [LÓPEZ FERNÁNDEZ-VALERA, 1998 y 2001]. Respecto a las relaciones ciencia-religión, este autor vierte sus principales ideas en un extenso trabajo, aparecido a lo largo de más de 40 números de la revista *El Semanario Murciano* entre 1878 y 1881, titulado *Discurso inaugural del Liceo de Murcia*.

En determinados pasajes del mismo, surgen afirmaciones harto significativas. Valgan dos como botón de muestra. La primera alude al posible origen material de los fenómenos vitales [DÍAZ GIMÉNEZ, 1878, núm. 35]:

“... admitiendo con algunos sabios la finalidad de las causas y la natural correlación de los efectos, es lícito pensar que todo el conjunto de los agentes naturales, calórico, lumínico, magnetismo, electricidad y gravitación, concurren y trabajan como otros tantos obreros para la realización de un hecho culminante, hacia el cual parecen converger todas las fuerzas y resortes del orden físico. Este supremo hecho es la vida, transformación especial de la materia; conversión de los elementos organogénicos, oxígeno, hidrógeno y carbono y ázoe en átomos animados, dotados de sensibilidad, semovientes y contráctiles.”

La segunda recoge la opinión de Díaz sobre las teorías evolucionistas. Él se declaró siempre darwinista, pero no deja de ser ilustrativa la comparación que hace entre las concepciones cuvieranas y lamarkianas [DÍAZ GIMÉNEZ, 1879, núm. 50]:

“Para Cuvier, la materia es simplemente un instrumento pasivo creado por Dios. En la teoría de Lamarck, la materia es activa y capaz de modificarse por su propia virtud y espontaneidad.

En la teoría de Cuvier, la Creación es, como lo indica la tradición, una obra milagrosa, que sale de la nada por la voluntad del Creador. Cada edad de la tierra, y cada cataclismo en que fueron extinguidos los seres vivientes, ha exigido nuevos actos creadores, saliendo igualmente de la nada las nuevas generaciones. En la teoría de Lamarck, la Creación es una obra natural, originada por el concurso de las fuerzas cósmicas, físicas, mecánicas y químicas, como atributos inseparables de la materia. Las generaciones extinguidas han sido ascendientes en línea recta de las generaciones vivientes, que aparecieron después modificadas, según la edad geológica, el principio de la herencia, de la adaptación y el medio ambiente en que la vida se desarrolla, como viene dicho”

Dentro de la temática del evolucionismo es sin duda Olayo Díaz el científico más representativo de estos intelectuales “*materialistas*”, aunque aparecen también otros de menos envergadura tanto anteriores como posteriores. Así, tenemos el que firma sólo como M. [1871] en la revista *Aura Murciana*, donde dentro de un artículo dedicado a la geología comparada aboga por una interpretación laplaciano-mecanicista del universo. Y ya a finales de siglo, F. BARBERO [1897], en otro artículo publicado en *El Liceo Lorquino*, realiza una notable defensa de las concepciones geológicas actualistas sin plantearse su posible armonía con el mensaje bíblico.

b) El problema de la eternidad de la materia

Apreciamos también dentro de esta temática una triple postura: los que niegan tajantemente la posibilidad de una eternidad material, los que la defienden teóricamente y los que plantean opciones conciliadoras. Dentro de los detractores radicales, destaca J. SÁNCHEZ ROS [1873a y 1873b], quien en un trabajo dedicado a atacar los que él llama errores cosmológicos (panteísmo, dualismo, atomismo), señala:

“Tales son las teorías que, en contra del dogma de la creación, pretenden explicar como la materia eterna pudo formar el mundo; cuya discordancia entre sí mismas prueba más que nada el error que encierra la peregrina idea de una materia eterna; puesto que si la eternidad de la materia fuera una verdad innegable, cierta y palmaria como lo es el dogma de la creación, no habría discordancia alguna respecto al modo que tuvo la materia de formar el mundo.”

Pero antes y después aparecen posturas bastante más conciliadoras, basadas en admitir al menos una circulación permanente de la materia, aunque siempre bajo un control divino del proceso. Así, en un trabajo de GARCÍA PARREÑO [1872], se ve de esta forma el tránsito de la materia entre los diferentes reinos naturales:

“Pero lo más sorprendente de tales combinaciones, es la manera de cómo, sin aumentar ni disminuir la materia ponderable en los cuerpos, pasan del reino mineral al vegetal, de este al animal, y después por la extinción de la vida, vuelven a formar parte de los elementos minerales, cerrando de esta manera la cadena misteriosa trazada por el Creador.”

Y en otro firmado por Ch. [1876], al reseñarse una conferencia de F. Munuera Arnáez, se alude a que éste defendió el fenómeno de la circulación de la materia, remontándose al momento en que ésta se eleva “de bruta a organizada, para seguirla luego, paso a paso, en su marcha lenta y progresiva a través de los siglos”, aunque viendo tras ello la mano de un Primer Hacedor que dirige la globalidad del proceso:

“Sobre esto mismo indicó algunas objeciones que se habían hecho a la cosmogonía de Moisés, por no estar del todo conforme con las ideas que en cada día se sostienen en esta cuestión. Hizo una pintura de la sucesiva aparición de la vida en nuestro planeta, empezando por las formas más sencillas, tanto en el reino vegetal como en el animal, siguiendo por otras cada vez más complicadas y perfectas hasta llegar al hombre que parece el último, como digno remate de la obra del universo. Probó que la tierra era el gran laboratorio de la creación, en donde todo se formaba y a todo volvía; y por último hizo el estudio analítico de los principales cuerpos que ocupan la superficie de la tierra, que ascienden á unos 15 ó 16, demostrando que eran los únicos que formaban parte del movimiento circulatorio de la materia.”

Pero sin duda lo más significativo sobre la posible eternidad de la materia, fue el debate aparecido en *El Semanario Murciano* durante los primeros meses de 1878. Se inicia el mismo al ser reseñadas unas conferencias pronunciadas en el Liceo de Murcia por el eminente médico forense Tomás Maestre, centradas en los avances de la química moderna. En la primera reseña [QUIJOTE, 1878] se remarca que Maestre:

“Explanó la idea de lo infinito y de lo eterno, tal y como se entiende en la ciencia, ratificándose en la afirmación de la eternidad de la materia, y de que el espacio es infinito. Para ello, dijo, que esta es inaniquilable, y que no pudiendo conseguirse la aniquilación es indudable que no muere, que no tiene fin, y que al no tener fin, es rigurosamente lógico que no tuvo principio.”

A partir de ahí se abre la polémica, la cual, ya planteada en el mismo debate que siguió a la exposición de Maestre en la sala del Liceo, vino a traducirse en dos conferencias de contestación, dadas por Palao y G. Baleriola en menos de diez días a partir de la primera, así como una carta-réplica del propio Maestre. El más beligerante fue BALERIOLA [Conferencias en el liceo, 1878, núm. 15] quien

en realidad no hace sino tirar por elevación y criticar, de forma general, las concepciones positivistas y krausistas imperantes en la época. Rechaza éstas en aras a otras más acordes con lo religioso:

“Expuso las teorías positivistas y krausistas sobre la eternidad de la materia, diciendo que al afirmar este extremo el positivismo, hacía uso del razonamiento á priori, el cual era desechado por dicha escuela. Prosiguió afirmando que por el estado actual del siglo, el eclecticismo es general; expuso la doctrina de Krausse y terminó asegurando que esperaba una nueva filosofía, que bebiendo en las fuentes de la moral cristiana, resolviera la crisis difícil por que hoy atraviesa la humanidad”

Por su parte, PALAO [*Conferencias del Liceo*, 1878, núm. 16], en tono más relajado, se limita a sacar del ámbito de la ciencia el problema planteado por Maestre. Sus palabras son recogidas así por el reseñador:

“... la Química «es grande, dijo, hasta en sus extravíos», pero no es ella quien debe resolver esta cuestión, pues la eternidad de la materia no influye para nada en las leyes químicas, además de que no todo lo relativo a la materia es química. El hombre no puede aniquilar la materia; la naturaleza tampoco; científicamente es inaniquible, pero inaniquible no es lo mismo que eterna y esto es lo que no pertenece ya á la química.”

Según dijimos, todo ello motivó una respuesta escrita de MAESTRE [1878], quien en carta dirigida al director del Semanario contesta a las imputaciones que se le hacen y matiza alguna de sus ideas. Tras realizar profesión de fe católica, insiste en que él se había limitado a hablar en todo momento bajo un prisma exclusivamente científico, ladeando las posibles implicaciones filosóficas o teológicas del tema, las cuales, de todas formas, no había rehuido. Sus palabras suenan tan firmes como apasionadas:

“«La materia es eterna». Este es un principio que la ciencia química demuestra con la balanza y el cual se considera axiomático dentro de su esfera; (...); la misma cantidad de materia tiene el mundo hoy que tuvo el día en que su Hacedor le arrojó en medio del infinito. Eso es que de esta manera pensaban todos los químicos y los principales físicos entre ellos Berzelius, Davy, Dumas, Amper, Baudrimont, Humboldt, etc. (...) Para demostrar que no estaba por esto en contradicción con mis creencias católicas, espuse que es cuestión de dogma dentro de la Santa Iglesia el de que *el día de la resurrección de los muertos se unirán las almas de los justos á su propia carne y á sus propios huesos é irán á gozar eternamente de la gracia de Dios*. De modo que

el dogma santifica la eternidad de la materia puesto que dice que de una manera corporal y espiritual se gozará y vivirá eternamente.

Una temática ésta, en resumen, que atrajo poderosamente la atención de la “*intelectualidad*” murciana decimonónica, y a través de la cual afloraron planteamientos ideológicos bastante significativos.

3. Conclusiones

A raíz de todo lo expuesto, creemos que pueden establecerse algunas conclusiones de partida, sin perjuicio de que éstas puedan ser matizadas (o incluso revisadas) en trabajos posteriores. Resumiremos las mismas en tres ideas fundamentales. La primera sería que cada vez parece más claro que la Región de Murcia, a lo largo del s. XIX, y en contra de podría pensarse por su proverbial aislamiento, no estuvo al margen de la ciencia ni de los avances científicos. Ciertamente que no cabe hablar en ella de una producción científica propia notable, pero como hemos visto sí que circularon de forma fluida por la región trabajos sobre algunas de las más importantes teorías científicas del siglo. Estas tuvieron sus partidarios y detractores. Unos y otros demostraron tener un nivel científico aceptable (casi siempre) y posibilitaron un buen conocimiento y difusión de las mismas.

Una segunda cuestión sería el que este proceso de expansión del conocimiento científico no fue uniforme con el tiempo. A partir de la revolución de 1868, según hemos visto, alcanzó unas cotas verdaderamente notables, con vivos y sustanciosos debates en la prensa, pero dicho impulso amainó con los años y decayó a raíz de las primeras décadas del s. XX. Cabe interpretar este hecho desde la propia dinámica de las instituciones científicas murcianas. Y es que esa etapa de atonía de inicios del s. XX viene a coincidir con unos años en los que la posible influencia beneficiosa de la Universidad Libre (1869-1874) estaba ya totalmente amortizada, en tanto que la actual Universidad Literaria (creada en 1915) aún no era más que un proyecto. Por su parte, la entonces institución clave de la ciencia murciana, el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, aunque vivió una época esplendorosa en las primeras décadas del s. XX [JIMÉNEZ MADRID, 1987], en contra de lo ocurrido durante buena parte del s. XIX centró su labor por esos años más en el terreno social que en el científico, con la entrada en escena del llamado Patronato para el Mejoramiento de la Cultura en Murcia. Todo ello coadyuvó a crear un ambiente menos propicio para la difusión y el debate científicos.

Y finalmente, como tercera idea, resaltaremos el notable paralelismo que se aprecia entre lo ocurrido en Murcia y en el resto del estado en relación con la difusión de las ideas científicas [ABELLÁN, 1989, especialmente cap. III y XIII]. Así, por una parte, los escenarios de debate fueron los mismos, pues como tema básico de controversia destaca el evolucionismo, cuestión a través de la cual tomó carta de naturaleza la pugna entre las mentalidades religiosa-conservadora y científico-positivista en el conjunto del país. Por otra, las posiciones moderadas adoptadas por

los intelectuales murcianos (compatibilización ciencia-dogma vs. agnosticismo científico) tienen un claro correlato exterior. No se aprecia sin embargo en la región un arraigo de posiciones extremas, en especial por lo que respecta a las de integrista católico, como sí ocurrió por contra en otras zonas geográficas,

Bibliografía

- ABELLÁN, J.L. (1989). *Historia crítica del Pensamiento Español*, vol. 4 y 5. Madrid. Espasa-Calpe.
- BARBERO, F. (1897). Un poco de Geología. Forma y composición del globo terrestre. *El Liceo Lorquino. Revista científica, literaria y de Bellas Artes*, núm. 35.
- CÁNOVAS COBEÑO, F. (1873). Viages por el término de Lorca a través de los tiempos geológicos, con unos caballeros en desuso. *Ateneo Lorquino. Revista quincenal científica, literaria, y de Bellas Artes*, núm. 19, 22, 28 y 31.
- CÁNOVAS COBEÑO, F. (1874). Viages por el término de Lorca a través de los tiempos geológicos, con unos caballeros en desuso. *Ateneo Lorquino. Revista quincenal científica, literaria, y de Bellas Artes*, núm. 34, 38 y 41.
- CÁNOVAS COBEÑO, F. (1897). La prehistoria. *El Liceo Lorquino. Revista científica, literaria y de Bellas Artes*, núm. 48 y 49.
- CONFERENCIAS DEL LICEO (1878). El Semanario Murciano. *Revista científica, literaria y artística*, núm. 14, 15 y 16.
- CURASÁN, J. (1896). ¿Debe admitirse la creación según el Génesis?. *El Liceo Lorquino. Revista científica, literaria y de Bellas Artes*, núm. 4 y 5.
- DÍAZ GIMÉNEZ, O. (1878). Discurso inaugural del Liceo de Murcia. El Semanario Murciano. *Revista científica, literaria y artística*, núm. 33, 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 43 y 46.
- DÍAZ GIMÉNEZ, O. (1879). Discurso inaugural del Liceo de Murcia. *El Semanario Murciano. Revista científica, literaria y artística*, núm. 48, 50, 52, 54, 56, 58, 61, 64, 69, 72, 75, 79, 85, 89, 91, 94 y 95.
- DOMÍNGUEZ RUIZ-GIMÉNEZ, R. (1871). Cuadros primitivos. La aparición y caída del hombre. *Ateneo Lorquino. Revista quincenal científica, literaria, y de Bellas Artes*, núm. 5.
- GARCÍA PARREÑO, A. (1872). Marcha de algunos cuerpos simples en el organismo viviente. *Cartagena Ilustrada. Revista bimensual*, núm. 15.
- GLICK, T.F. (1982). *Darwin en España*. Barcelona. Península.
- HONRANDO A UN SABIO (1916). *Murcia Agropecuaria. Defensor de los intereses agrícolas y ganaderos y órgano oficial del Consejo provincial de Fomento*, núm. 17.
- JIMÉNEZ MADRID, R. (coord.) (1987): *El Instituto Alfonso X el Sabio: 150 años de historia*, Murcia, Editora Regional.
- LICIO (1889). El darwinismo y el catolicismo. Respecto al origen del hombre. *La Enseñanza Católica, año IV*, núm. 23.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, C.; VALERA, M; MARSET, P. (1991). Los contenidos científicos de *El Semanario Murciano* (1878-1881). En M. Valera y C. López

- Fernández (eds.) *Actas del V Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, I*, Murcia, PPU, 401-420.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, C., VALERA, M., LÓPEZ SANCHEZ, J.F. (1994). El evolucionismo en Murcia (1870-1880) a través de la prensa cultural y científica, *Lhull*, 17, 89-102.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, C., MARSET, P. (1997). La agricultura científica en la prensa murciana del s. XIX a través de los autores autóctonos, *Dynamis*, 17, 239-258.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, C., VALERA, M. (1998) La labor científica del catedrático Olayo Díaz Giménez (1810-1895) en el Instituto de Murcia. En García Hourcade, J.L. et al. (eds.) *Actas VI Congreso de la SEHCYT*, Segovia, Junta de Castilla-León, 849-57.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, C., VALERA, M. (2001) Olayo Díaz Giménez (1810-1895) un buen ejemplo de *científico intermedio*, *Asclepio*, LIII (1), 281-93.
- M. (1871). La Geología comparada. *Aura Murciana*, núm. 13.
- MAESTRE, T. (1878). Comunicado. *El Semanario Murciano. Revista científica, literaria y artística*, núm. 15.
- MARTÍNEZ CAÑADA, A. (1877). Origen de la Anatomía animal y utilidad de la taxidermia. *El Album. Semanario de Literatura y Ciencias*, núm. 15.
- MARTÍNEZ CAÑADA, A. (1877). Animales fósiles y perdidos. Memoria sobre los encontrados en nuestra provincia, con expresión de los terrenos y masas minerales. *El Album. Semanario de Literatura y Ciencias*, núm. 22 y 23.
- PERÁN CANO, G. (1896). Dinámica de la vida. *Ateneo de Lorca. Decenario de Literatura, Ciencias y Artes*, núm. 6.
- QUIJOTE (1878). El Liceo. Conferencias del señor Maestre. *El Semanario Murciano. Revista científica, literaria y artística*, núm. 14.
- RODRÍGUEZ VALDÉS, M. (1896). Dios y la Humanidad. La Religión. *Ateneo de Lorca. Decenario de Literatura, Ciencias y Artes*, núm. 6.
- SÁNCHEZ ROS, J. (1873a). Estudios filosóficos. Introducción. *Ateneo Lorquino. Revista quincenal científica, literaria, y de Bellas Artes*, núm. 27.
- SÁNCHEZ ROS, J. (1873b). Estudios filosóficos. Errores cosmológicos. I. Atomismo. *Ateneo Lorquino. Revista quincenal científica, literaria, y de Bellas Artes*, núm. 31.